

satiyo y absorto venia de lo que habia visto y le habia pasado, que á ningun otro objeto atendia. Sin embargo, sentia en sí un sumo horror á las pasiones desordenadas, no pudiendo olvidarse de lo que en el espejo celestial habia estudiado; mas por otra parte se consolaba al considerar que si á las dichas pasiones se les propusiese el objeto propio que les es debido, ellas servirian al alma para el bien, así como desordenadas sirven al mal. Cada vez se confirmaba mas en que no habia cosa peor ni que mas se opusiese á la felicidad que una pasion, fuese la que fuese, corriendo descaminada y sin freno; al paso que si fuesen bien gobernadas por la recta razon, á semejanza de los brutos dirigidos por el diestro cochero, todas conducirian el alma á su recto fin; y como la pasion del amor es la que tenia Miseno por la mas rebelde é indomable, las máximas de Ubaldina sobre el mejor modo de amar las, fueron las que mas vivamente imprimió en su mente nuestro héroe, y se las repetia á sí mismo muchas veces.

43 En el instante que Miseno era regalado con estas luces superiores, la princesa se esforzaba por recrear á su hermano el Conde y conmovido con la música y las máximas que referimos.

## LIBRO XII.

Confuso Ibrahin se acordaba de lo que habia oido de Miseno. — Tuve que admitir ó despreciar la doctrina de Miseno. — Tuve que hablarle, núm. 1. — Va con el Conde á visitar á Miseno. — Descubre que las pasiones hacen imposible su doctrina. — En un momento las pasiones son precisas en el mundo, usa estilo hiperbólico. — Responde Miseno con prudencia; y le demuestra que el uso de las pasiones buenas ó malas, núm. 15. — Dice Ibrahin que es imposible sujetarlas á la razon. — Ve el Conde que un rayo de luz celestial ilustra la cabeza de Miseno, núm. 16. — Discurre sobre el origen y desorden de las pasiones. — Estado del hombre cuando fue criado, su caída y tristes consecuencias. — Convéncese Ibrahin. — Con esta ocasion prueba Miseno que hay pecado original, y concluye que las pasiones hacen la virtud mas meritoria, no imposible.

1 Muy confuso y conmovido quedó Ibrahin con la música que habia oido; y la letra mucho mas que la solfa se le habia impreso en el alma tan vivamente, que cuando se retiró á su cuarto para descansar, no hacia su imaginacion otra cosa que repetir los armoniosos acentos y las importantes sentencias que habia escuchado. Todo por un aspecto le parecia admirable; mas por otro veia en las pasio-

nes de los hombres una dificultad tal, que el sistema de Miseno le parecia imposible. Quería conciliar las máximas del entendimiento con el uso de la voluntad; su juicio vivo, agudo y pronto le ofrecia mil sistemas, y ninguno de ellos dejaba de encontrar muchos absurdos. En esta situacion se enfadó contra la nueva doctrina, perdiendo en su estimacion por ser ajena lo que por nueva hubiera merecido en su opinion; en fin se determina, y la desprecia como fabulosa. En este momento, el espíritu del engaño hallando al filósofo dispuesto, con una elocuencia suave y lisonjera le habla de este modo: Cosa extraña es que un hombre que manifiesta no haber frecuentado desde su mocedad los libros, haya descubierto antes de tí un secreto tan importante. Miseno será cuando mucho algun caballero desgraciado, y cuando mas un general descontento; sea lo que fuere, jamás habrá hecho como tú tan profundas reflexiones sobre el corazón del hombre, sobre el estado del mundo, entre las influencias de la esfera, y en fin, sobre el universo entero. ¿Hijos de cosa hay desde el centro de la tierra hasta el cielo de las esferas, que se escondan á tu comprension? Los astros siguen obediendo á la carrera que les tienes señalada. El sol y la luna parece que no se eclipsan sin consultarte primero. El mar en el Océano no surge mas cuando mas furioso se ensoberbece, ni se atreve á bajar en su serenidad, sino siguiendo las leyes que tus cálculos declaran. ¿Quién hay que como tú penetre las causas de los vientos, el origen de los afluentes, la naturaleza de las nubes, el curso de los cometas? ¿Será creíble que ahora un hombre criado en el remotísimo desierto de la soledad de los bosques pueda descubrir lo que tú descubriste? Sin pasiones ¿cómo puede haber alegría ni tristeza? ¿Qué diminuta y fastidiosa no ha de ser? Esto sin duda es una ridícula quimera, propia solamente para engañar ingenios femeniles ó espíritus ligeros. Á tí es á quien ha de deber el mundo el triunfo de este error, que es tan plausible, y que si no le cortan los vuelos se llevará tras sí los votos de todos. Solo tu ingenio es propio para esta empresa. No te será difícil confundir esta doctrina en sus principios, y delante de los mismos que tanto la quieren aplaudir, debes procurar aniquilarla; y esto no con arrogancia digna de una verdad triunfante, sino con la astucia de una raposa sagaz, por cuanto no deben los sábios sacar la espada de sus argumentos en forma, sino contra otros sábios iguales que tienen uso en manejarla: así el desprecio sería el mas oportuno combate; pero la política pide algun rebozo ó ficcion, y sobre todo constancia.

2 Así hablaba á Ibrahin el *espíritu del engaño*, y el filósofo en el sosiego de la noche escuchaba con sumo gusto y embeleso sus voces encantadoras. Ya preparaba argumentos, ya dicterios graciosos, ya burlas manifiestas para cuando viese á su contrario postrado en tierra, presumiéndose victorioso antes de entrar en la batalla; mas de cuando en cuando la luz de la verdad le contenía un poco; y cual soberbio combatiente que con el caballo levantado en el aire, la lanza en la mano á plomo, va á herir y derribar á sus piés una aparente fiera, pero oyendo voz humana, y viendo una encantada belleza, queda cortado y suspenso; así le sucedió á Ibrahin esta noche. Al querer despreciar la doctrina de Miseno, le daba clamores la voz de la razón: veía como en un encanto la hermosura inocente de la verdad, y tímido no osaba tocarlo. Dábale vueltas entonces al discurso, y el espíritu del error tornaba á engañarle. Pasea de un lado á otro: vuelve y revuelve el pensamiento, y nada concluye. Confuso se sienta, y fatigado descansa la cabeza sobre la mano izquierda; ciñe con ella la arrugada frente, cierra de industria los ojos, y quiere meditar mas atento. Le dice el *sueño*, con quien acostumbraba andar en continua guerra, que andole así ocupado, acude á sorprenderlo. Derriba sobre sus sentidos las adormideras encantadoras, y poco á poco prende con suaves cadenas todos sus miembros, esperando señorearse del alma. Mas hallase engañado, porque en sueños se le escapan de las manos, y no se atreve á disputar con Miseno: los sentidos reposaban embotados; mas al despertar, estudia y trabaja. Avergonzado el sueño viéndose despreciado, se retira veloz, llevando consigo todas las ideas que ataba los sentidos; y queda Ibrahin despierto. Con la luz de las estrellas, y ve que aun tardará mucho el día: cuanto mas suspira por irse adelante, tanto mas se detiene. Quéjase entonces de que pinten al tiempo con alas, porque á este decrepito viejo, decía, que anda con pasos lentos como arrastrando, mas propiamente lo debían pintar con muletas; pero al fin llega el día; y saliendo el Conde á caza, le expone Ibrahin sus dudas, y ambos resuelven ir á consultar con Miseno.

3 Declárale Ibrahin en el camino el estorbo que llevaba en las pasiones para lograr la felicidad de la vida. Por cuanto, decía, si las sacais del corazón del hombre, le quitais el origen del gusto, la fuente del placer, y la raíz de toda alegría: si las quereis contentar, os lo impedirán mil obstáculos, y os disgustarán mil tédios, desazones y contratiempos; y así nunca se podrá tener gusto cumplido y perfecto. Concordaba el Conde con Ibrahin, testificándole con su pro-

pia experiencia que no se podía intentar satisfacer las pasiones, sin tener muchas molestias y disgustos, persuadiéndose por esto que para poseer alegría perfecta, era preciso resistir y renunciar todas las pasiones y sus deleites ciegos. Uno y otro ignoraban la doctrina celeste, que sobre este punto habia recibido Miseno.

4 Rióse Ibrahin entonces, y á manera de un gran mastin que no quiere entrar en contienda con un perrito faldero, y solo con un simple desprecio, en el modo de mirar con gesto sañado, se digna responderle; así se portó el filósofo con el Conde. Mas creyendo que no era decente á un sábio hablar sin algun discurso seguido y razones bien ponderadas, se explicó así:

5 Sabed, señor, que la voz de la naturaleza es la voz de Dios, quien por sus obras nos habla. Consultad, pues, á las criaturas, y hallaréis que solo tienen su tal cual alegría, cuando se hallan satisfechas sus inclinaciones. Corre la fuente hácia el mar, la aguja busca el iman, la piedra el centro, la llama sus hijos, y hasta que cada una llega donde desea, no se quietan, y sear de quedar contenta. Por la misma razón desean los ojos la vista, los oídos la música, el olfato los olores, el paladar lo suave de los manjares: y ¿quién podrá alegrarlos, sin darles lo que piden? ¿Cómo, pues, Conde, quereis un corazón alegre, sin que se contenten ni satisfagan sus pasiones?

6 No haya pasiones, dice el Conde, y entonces sin el menor disgusto habrá perfecta alegría. Si el complacer á las pasiones es imposible, si entretenerlas muy difícil y penoso; para no padecer los disgustos y evitar la pena de luchar contra imposibilidades, es necesario morir las pasiones, y la *razon pura* será entonces el origen de nuestra alegría. Yo sé que la puede haber en esta vida, y aun la veo en ese héroe que vamos á consultar; y no pudiendo conciliarla con las pasiones, será preciso destruirlas y triunfar primero de ellas para ser verdaderamente dichosos.

7 ¡Qué engañado estais, señor! le respondió Ibrahin con aire de compasion; bien mostrais que vuestros años y viajes no os han permitido reflexionar sobre el interno mecanismo del mundo. Si quitais del hombre las pasiones, arrancais de raíz toda su alegría y contento. Lo mismo seria desterrar las pasiones del mundo, que arrancarle á este cuerpo universal el alma que lo vivifica y mueve, y reducirlo á un cadáver pesado, inmóvil y corrompido. En esta gran

<sup>1</sup> Este discurso que se sigue es la falsa doctrina de los impíos, á que despues se responde.

máquina del hombre, las pasiones son como el muelle real, que le da todo el movimiento : quitadlas por un solo instante, y todo parará de repente. Sin *ambicion*, sin *interés*, sin *vanidad*, sin *amor de gloria*, ¿qué puede haber en este mundo? Quitad el *odio* y la *verganza*, quitad la *emulacion* y *preferencia*, quitad las ocultas intrigas del amor ; ¿y qué es lo que entonces queda en la tierra? Una sórdida ociosidad se derramará por todas partes. El corazon frio, entorpecido y como pasmado se hallará sin movimiento, y entrará en una cási irremediable gangrena, que lo hará incapaz de todo sentimiento, y por consiguiente insensible á toda pena, y aun al mas excesivo gusto. ¿Quereis una comparacion bien clara? Cotejad ese lago que la inundacion pasada dejó en esos valles, comparadlo con el mar agitado, ya sea el mar Negro vecino, ya el Océano distante, y veréis en él una viva imágen de las pasiones del hombre. ¡ Ved con qué orgullo se levanta contra los peñascos, y ataca sin miedo su incontrastable firmeza! ¡ Cómo porfiado los combate sin desistir de la empresa! ¡ Cómo los levanta y los amolina! Qué ruido, qué bulla, qué tumulto entre las ondas! Unas saltan por encima de las otras : no hay razon ni órden entre ellas, ni hay ley, ni gobierno : todas andan á cual mas puede : las que quedan vencidas pasan disimuladas por debajo de las vencedoras, para volver de nuevo á asaltarlas y sorprenderlas. Ahora, ¿qué imágen mas viva quereis del disimulo, del fingimiento, de la inconstancia y pasiones de los humanos?

8 Ved ahora un charco inmundo, donde el agua sin movimiento camina á la imitacion y contagio de los lugares vecinos. Todo es agua, y la imitacion como en el corazon del hombre, solo consiste en estar en un lugar. Ved cuál os agrada mas, y despues id á quitar las pasiones del mundo para conseguir esa imaginaria y loca alegría, cosa que solo os la puede persuadir quien jamás estudió profundamente en el corazon del hombre.

9 El Conde, como soldado bisoño, no sabia desembarazarse del estrecho en que Ibrahin lo ponía. No queria convenir en su pensamiento, pero tampoco sabia defenderse de él ; é Ibrahin era como la araña maliciosa, que luego que siente enredada en su tela á la descuidada mosca, salta sobre ella multiplicando hilos sobre hilos, y aunque ténues y delgados, la enreda de tal forma, que la deja inmóvil ; así, pues, hizo Ibrahin con el Conde, embelesándole con mil chistes y dichos, con ironías y preguntas enfáticas, y siempre burlándose de la doctrina de Miseno. El Conde se afligia ; mas Ibrahin triunfaba. En esto arribaron al puente, y el Conde señalando

hácia el viejo que venía de léjos, le dice : Allí teneis quien os dará la respuesta : verémos cómo os desenredais de sus argumentos.

10 Vino Miseno á saludarlos con su acostumbrada urbanidad ; y despues que le dieron parte del suceso infeliz que habian tenido á la retirada de su última visita, dieron principio á la importante conferencia, diciendo Ibrahin de esta manera :

11 *Yo soy enteramente libre, mi entendimiento es soberano absoluto*, que á ninguno de Dios abajo rinde vasallaje ; mas con todo dobla la rodilla á la verdad. Ella para conmigo es como una gentil dama que tiene la gracia de ganar los afectos de su monarca, y sin deslustrar su corona, ni tocar ligeramente su cetro, sabe inclinarlo, rendirlo y cautivarlo del todo. Así hace en mí la verdad <sup>1</sup>. Con ella un niño tiene fuerza para rendirme ; sin ella, ni la autoridad, ni la sabiduría, ni los años son capaces de convencerme ; y lo que es mas, ni mis propios pensamientos, hijos de mi talento, encuentran en mí el afecto de padre, si llevo á conocer que no son hijos de la verdad, esposa única á quien mi entendimiento adora. Sean ellos enhorabuena parto de mi ingenio, hayan recibido de mí el ser y la vida que gozan en el mundo, si no fueren hijos legítimos de la verdad, nada les vale ; porque arrojándolos en tierra, con las paternas manos los sofoco, y debajo de mis propios piés les hago exhalar la vida, que engañado les habia dado. De este modo mis propios errores, que vivos eran enemigos de la verdad, muertos vienen á servir de víctimas á su sacrificio, y de trofeo á su victoria. Tal es mi carácter, tal debe ser el de todo hombre de bien, y tal por fuerza ha de ser tambien el vuestro. He tenido estos dias el gusto de vuestra doctrina : parecióme al principio que era la verdad, y me acordaba de ir á doblarle la rodilla y abrazarla, cuando felizmente reparé y ví que no era lo que parecia. He reflexionado mas, y hallo tales dificultades, que temo sea un error. Por eso vengo ahora á consultarlo con vos ; y estoy bien cierto de que como hombre racional no os desdeñaréis rendiros á mis razones, así como yo tampoco lo haré, si las vuestras fuesen victorias.

12 En la hinchazon del estilo, y en lo estudiado de las frases conoció fácilmente Miseno el modo de pensar de Ibrahin, su genio, su inteligencia, su carácter, y respondiéndole con urbanidad le dice : Como hombre estoy sujeto á errores, y cuantos voy conociendo

<sup>1</sup> Con apariencia de amante de la verdad, habla aquí Ibrahin como filósofo libertino, conformándose con la libertad de discurrir de los *paganos*, apoyada de *Newton* y *Voltaire*. (P. Ceball. tom. 1).

en mí, otros tantos voy detestando sinceramente. Mas los ojos del alma son como los del cuerpo, que no se pueden ver á sí mismos. Por tanto, para conocer cada uno sus defectos, necesita tener de la parte de afuera un espejo fiel que se los represente como ajenos, y por eso vos me haríais el mayor favor si me los descubriésteis, y si me librásteis de mis yerros. Os doy mi mano; y mi mano y mi palabra que no perturbaré vuestros discursos, que os escucharé atento, y que no seré incorregible.

13 Animado Ibrahin con este prelude, creia que ya habia triunfado; y habló en estos términos: Vuestro sistema, le dice, es una gentil quimera, hermosa en la apariencia de la teórica, pero del todo imposible en la práctica. El hombre nació con pasiones, con ellas vive, y con ellas ha de morir. Si las resisté, ¿qué alegría puede tener con tal violencia? Y si procura satisfacerlas, ¿á cuán pocos tocará esta fortuna, siendo siempre los deseos mayores que las fuerzas? *Feliz seria el que de la naturaleza ó de la fortuna heredase caudales con que pudiese saciar todas sus pasiones*, porque en efecto viviria alegre, satisfecho y contento, y seria el fénix de la fortuna. Pero disponed vos el medio seguro de que ella vuele siempre en socorro de cualquiera que la llame, y entonces os concederé que tiene cada uno en su mano con que poder ser feliz. Mientras Ibrahin hablaba manifestaba el Conde en el semblante y gesto, deseo y grande impaciencia de hablar sobre el punto; y advirtiéndolo Miseno, apenas calló el filósofo, le suplicó al Conde que dijese lo que juzgaba, á lo que satisfizo de este modo:

14 Si el cuerpo lleno de balas y heridas tiene particular derecho para hablar de batallas, creo que ninguno le tiene mayor que yo para discurrir sobre las pasiones, pues que ellas han reducido mi corazon al estado mas deplorable. Yo las comparo á las fieras indómitas, habitadoras de las breñas; porque si por desgracia cae en sus garras alguno <sup>1</sup>, *bien se defienda valeroso ó se deje caer desfallecido*, siempre quedará hecho pedazos. Así son las pasiones. Dios para castigo de los mortales dejó salir de los abismos esos monstruos, que deberian estar allá bajo perpétuamente cerrados, si es que la verdadera alegría se ha de llegar á establecer en este mundo, porque á la verdad no tiene otros contrarios mas ter-

<sup>1</sup> Aunque á las pasiones, despues del pecado de Adán, se les ha juntado en pena la *concupiscencia*, que tanto inclina al mal, sin embargo no son *tan fieras*, que puedan dañar al que con la gracia se defiende valeroso, antes bien este saldrá coronado. (V. *Conc. Trident.* sess. 5, 5).

ribles. El corazon es la burla de las pasiones, porque si le hacen señas con algun placer que lo enamora y atrae, corre á él á carrera tendida; mas lo mismo es ir á tocarlo, que clavarle las pasiones una lanza hasta lo mas vivo del alma, y así lo dejan, ó muy afligido, ó muerto. Yo, Ibrahin, seguí mis pasiones, y tú siempre con qué satisfacerlas; porque jamás me negó la fortuna su socorro; pero siempre viví triste; triste, y casi desesperado, porque en la misma satisfaccion de mis pasiones encontraba un veneno mortífero. Dicho esto, refirió á Miseno las razones que Ibrahin le habia opuesto en el camino, exponiéndole tambien las suyas; pero con tal afluencia y tal fuego, que Miseno estaba pasmado, é Ibrahin no lo conocia acordándose de haberle visto mudo y confuso, con sus argumentos, cuando venian por el camino.

15 Semejante al cachorrillo delicado que viéndose solo y acometido de un sañudo mastin, va huyendo medroso, arrastrando su felpuda cola, sin atreverse á abrir la boca; pero luego que se ve refugiado en los brazos de la dama que le acaricia, grita, ladra é insulta á su mismo enemigo; así el Conde al lado de Miseno.

16 Este, despues que le oyó con sumo gusto, dijo á Ibrahin de esta suerte: Es propio de los viejos ir siempre en pos de los otros; y como ya los dos habeis dicho primero vuestro parecer, debo tambien ahora en el fin dar mi dictámen para que podais elegir el que mas os guste. Pero debo advertir antes de darlo, que hasta aquí solo he probado que la verdadera alegría era posible, y cuáles son los medios por donde nuestro entendimiento debe conducirnos á ella; mas ni una sola palabra he dicho de lo toca á las pasiones y á la voluntad. En este punto vió el Conde como un rayo de luz mas clara que la del sol, atravesando por entre las nubes, ilustraba la cabeza de Miseno, y sin darse por entendido observa lo que él decia. Dos peñascos fuertes <sup>1</sup>, uno despues de otro, decia Miseno, nos ocultan este precioso tesoro de la alegría, y quebrantando el primero, aun resta allanar el segundo; porque vencidos los yerros *del entendimiento*, aun quedan por vencer los *desórdenes de la voluntad*, para poder gozar de la alegría completa, que es la que ambos obstáculos impiden. Mas para que no trabajemos en vano, decidme, Ibrahin, ¿qué es lo que entendeis vos por pasiones?

17 Por *pasión*, respondió el filósofo, *entiendo yo aquella inclinación que sentimos hácia una cosa, antes que el entendimiento nos persuada que debemos buscarla.*

<sup>1</sup> Estos dos peñascos son el *error* y la *malicia*, dos enfermedades que contraemos con el pecado original. (S. Thom. tom. 2, 1, 83).

18 Justa es, dice Miseno, vuestra idea : esa es la misma que yo tengo. Ya veo que en esto concordamos todos tres ; pero tambien veo que discordais los dos en su origen y en su utilidad. Ibrahin las supone necesarias y venidas del cielo ; vos, Conde, las teneis por muy perniciosas y salidas de los Infiernos. Uno las estima como primer móvil del mundo, y otro las detesta como origen de todos sus desórdenes. Ahora entre pareceres tan contrarios, hay licencia para que yo diga el mio, el cual le explicaré despacio, porque no quiero tropezar corriendo en camino escabroso, y este lo es bastantemente.

19 Para que esta gran máquina del mundo hiciese los efectos que habia ideado el Artifice supremo, eran en ella indispensablemente precisas dos cosas : una que le diese el movimiento, otra que segun reglas lo moderase. Las *pasiones*, como vos, Ibrahin, habeis dicho, son el muelle real y primer móvil del mundo. Ellas son las que dan el movimiento á todo ; mas la *razon* es quien las ha de gobernar por las leyes, como es justo. Si alguno quisiere quitar del mundo las pasiones, dejaria un reloj <sup>sin</sup> muelle ó pesas, un cadáver sin alma, un cuerpo sin movimiento. Ellas tambien si dejáramos á un lado la *razon*, todo seria ruina, todo desórden, todo horror.

20 Quitad de cualquier máquina el *moderador* <sup>1</sup> ó *péndola*, que es lo que contiene el ímpetu de los movimientos, y en pocos minutos se desconcierta todo. Las ruedas que eran proporcionadas al movimiento templado, no lo serán al impetuoso ; cuando las pesas se precipitan á rueda suelta, todo va por los aires. Unas piezas estorbaban á otras, y las otras juegan forzadas, estas se tuercen ; otras saltan de los ejes, y se hacen pedazos ; y con poco crédito del autor se ve su obra precaria reducida á lastimosos fragmentos.

21 Las *pasiones*, como bien dijisteis, hijo mio, son fieras. Vos y yo conocemos por experiencia propia que no las hay mas horribles, si una vez llegan á romper el freno de la *razon* ; pero subyugadas con él, son como los brutos, de que nos servimos ó para los triunfos, ó para la labor, ó para los mas importantes empeños <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> En los relojes el *peso* ó *muelle* real es el *motor* ó agente, que mueve todas las ruedas, y la *péndola* es el *moderador* que impide que el movimiento sea precipitado, y de aquí es que segun la *péndola* se acorta ó se alarga el movimiento del reloj es mas tarde ó mas apresurado ; y de que los movimientos alternativos de la *péndola* sean siempre iguales, depende que el movimiento del reloj sea siempre constante.

<sup>2</sup> Las *pasiones* desatadas son *fieras* ; sujetas á la *razon*, útiles á la virtud. (S. August. de Sp. et An. cap. 1).

¿Qué seria de nosotros, si no las hubiese ? Mas tambien, ¿qué seria si no las sujetase el freno de la *razon* ? Ellas desenfrenadas, ó con freno, siempre son las mismas pasiones ; pero no son lo mismo. ¿Qué comparacion tiene un toro trabajando bajo el yugo á paso lento, y tirando del arado, con el mismo toro impetuivo y suelto, que parece un leon desesperado, que arañando la tierra atruena los aires, embiste, derriba, hiere, estropea y mata ? Pues así son las pasiones.

22 Admirado quedó el Conde viendo como conciliaba Miseno tan opuestos pareceres, y con pasmo suyo conocia que la misma doctrina propuesta por Miseno le ilustraba, y como la explicaba Ibrahin le llenaba de horror : semejante á la luna cuando está entre el sol y la tierra, que por la parte del sol está clara y bellissima, y por la parte de la tierra se ve oscura y fea, siendo con todo la misma. Confesó, en fin, estar satisfecho del todo. Miseno entonces le dice :

23 ¡Ah, hijo mio ! *gobernad por la razon vuestras pasiones, y ninguno podrá impedirlos el ser sumamente dichoso*. Grabad en el corazon esta máxima, y no callen en él vuestra felicidad. La *razon*, que el Ser supremo os dió para vuestro gobierno, es una participacion de su *razon eterna*, y así el guiaros por la *razon*, es dejaros guiar del mismo Dios <sup>1</sup>.

24 Buen consejo le dais, dijo Ibrahin sonriéndose, si él fuese practicable ; mas ¿quién puede poner freno á sus pasiones y gobernarlas por la *razon*, si á pesar de nuestros esfuerzos las pasiones nos arrastran, y el pobre corazon es el escarnio de ellas, andando en continuos vuelcos como una ligera barca en medio de un alborotado ? Decidme, ¿de qué sirve al piloto querer llevar á su viaje, si los vientos, los mares y los temporales hacen m... Figuraos, como yo me ví saliendo de Chipre, figuraos, digo, en una tormenta desesperada, cuando el navío sacudido de las olas salta como si fuera pelota, y de los mástiles unos se doblan y gimen, otros rechinan y se quiebran. Cuando el timon se arranca, las velas se rompen, la bomba se desconcierta, los relámpagos ciegan, los truenos atemorizan, los rayos asombran, y hasta la aguja pierde su gobierno. En este conflicto, decid al piloto que siga su derrota derecha. Si el navío cási se despedaza, si los mares, ahora le tragan, ahora le vomitan : si aquí se hunde, allá aparece : si el cielo se confunde con la tierra, el dia con la noche, las nubes con las olas, ¿qué ha de hacer el

<sup>1</sup> La *razon* corrige los errores de los *sentidos*, la fe los desaciertos de la *razon* ; cuando la *razon* habla callen los *sentidos* ; cuando habla la fe calle la *razon* ; y así todo irá bien. (*Pensamientos teológicos*).

pobre piloto? Todo está negro, todo oscuro, ninguno se entiende, todo es alaridos, todo clamores, todos andan luchando con los vientos, con los mares, con la muerte. Ahora decidle al piloto, que muy sosegado y tranquilo con el compás en la mano examine la carta, tire sus líneas, haga sus triángulos y que trace el rumbo. ¿No sería esto inútil? Pues no lo es menos el consejo que vos le dais al Conde. Si poneis, pues, la felicidad en el gobierno de las pasiones, y no, como yo digo, en la entera satisfaccion de ellas, bien podemos perder la esperanza de ser jamás felices.

25 Todo este discurso agradó mucho al Conde, excepto la última cláusula, que no le sonaba bien; pero dejó la exacta discusion de este punto á Miseno, quien con modo urbano les dice á los dos: Para discurrir bien sobre esta materia es preciso tomar las cosas desde su raíz, y examinar como las pasiones que al principio obedecian rendidas á la razon, vinieron despues á triunfar de ella; en orden á ver si en los fueros de nuestra libertad todavía se halla fuerza competente para que la *razon*, ayudada de un humano suprema, pueda sujetar de nuevo á las pasiones rebeldes. Ahora, mis caros amigos, si tanta metafisica no os fastidia, yo tendré mucho gusto de explicaros mi pensamiento.

26 Á un filósofo de profesion, respondió Ibrahin, no puede dársele mayor placer que el de un discurso sério sobre materia tan importante. Esto supuesto, habló Miseno así:

27 Cuando el Omnipotente ideó la formacion del hombre, su intento fue hacerle una imágen suya<sup>1</sup>. Infundióle una alma<sup>2</sup>, que es como una copia de su divinidad, y comenzó á poner en ella su posible semejanza<sup>3</sup>. La *razon eterna*, y nos dió la luz de la *razon*<sup>4</sup>, pequeño es el cuerpo, pero fiel, en quien reverberan con modo particular los rayos del entendimiento divino. Todo lo que Dios aprueba, lo aprueba nuestra razon, y ella tambien detesta todo lo que Dios detesta; y aunque ya en solo esto se parecia mucho el retrato á su original, con todo, otro retoque aumentó mucho mas la similitud.

28 Es Dios señor absoluto, y quiso que tambien lo fuese el hombre<sup>5</sup>. Para esto le entregó todo el universo en peso, todo se lo puso

<sup>1</sup> Lo hizo á su imágen y semejanza. (*Gen.* 1, 26).

<sup>2</sup> *Ibid.* II, 7.

<sup>3</sup> Semejante el hombre á Dios por la mente intelectual. (*S. August. lib. 6 in Gen.*).

<sup>4</sup> Semejante á Dios en el imperio sobre las criaturas que hizo por él. (*S. J. Chryst. hom. 10 in Gen.*).

bajo de sus piés<sup>1</sup>. Ved cuán alto fue el pedestal en que quiso colocar esta su estatua. Pónele el cetro en la mano, y manda que en todo el universo rinda vasallaje al hombre todo cuanto á Dios obedece. De su propio seno sacó la joya preciosísima de la libertad, con que le adornó y distinguió del resto de las demás cosas que habia criado en este mundo visible<sup>2</sup>. Con esto le dió una plena autoridad sobre sus pasiones, deseos y apetitos; de modo, que todo lo podia gobernar sin trabajo, para lo que tambien le infundió ciencia de todas las cosas naturales, y lo adornó de todas las virtudes<sup>3</sup>. Ved cuán propio era de Dios este retrato.

29 Mas la *razon eterna* pedia que el hombre, como criatura de Dios, le quedase siempre sujeto; ni podia Dios sin ofender la *razon* dispensarle de este vasallaje; pero ved con qué nobleza, con qué hidalguía le trata. Pónele un levisimo precepto<sup>4</sup>, en el cual no tenia Dios el menor interés; pero que era preciso para que el hombre reconociese la superioridad divina. Pónele, digo, el precepto, pero no le hace la menor injuria ni violencia: nada quiere que le oprima; dale sencillamente conocer su obligacion, y con eso se satisface dejándole del todo libre, sin tocarle ni aun levemente en los fueros de su albedrío. Quiere que el hombre le obedezca, eso sí; pero quiere que lo haga, si él quiere hacerlo, y que ninguno le constriña: para que de este modo el hombre conserve su nobleza y privilegios, obrando porque quiere; y Dios pueda tomar ocasion del mérito de esta obediencia voluntaria y libre para remunerarlo, y dejar caer sobre él el torrente de su infinita bondad, que no tendria lugar, si la obediencia del hombre fuese forzosa.

30 ¡Oh qué noble es esta idea de Dios! ¡qué grande es la alabanza para el Criador! ¡qué honrosa para el hombre! He aquí el señor de su feliz suerte, poniéndosela como en la mano, en la libertad con que podia adquirirla. Ved qué obra tan admirable es el hombre, en el estado en que Dios lo formó. No puede haber, dice el Conde, una mejor imágen de Dios, porque á no ser Dios, yo no sé qué cosa puede haber que mas se parezca á esa grandeza infinita.

31 En efecto, continúa Miseno, vióse el hombre señor absoluto. La tierra, el mar, los vientos, las aves, todo lo gobierna<sup>5</sup>. Con

<sup>1</sup> *Omnia subiecisti sub pedibus ejus.* (Psalm. VII, 8).

<sup>2</sup> Semejante en tener voluntad libre. (*S. Hieron. epist. 4, 156.*)

<sup>3</sup> *S. Thom. 1 p. q. 94; S. Amb. de Bono more, cap. 5.*

<sup>4</sup> *Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas.* (*Gen. II, 17.*)

<sup>5</sup> *Et praesit piscibus maris, et volatilibus coeli, etc.* (*Gen. I, 26.*)

una simple insinuacion todo le viene á sus piés : extiende sencillamente el cetro, y todo le dobla la rodilla : sus mismas pasiones le están sujetas, las domina, no se atreven á resistirle <sup>1</sup>; y solo desea lo que quiere desear; de forma que en él la *razon* es quien gobierna los movimientos del alma, que ahora los ejercita ó los reprime, ó los muda segun es mas justo y decente. Mirase rey soberano, y señor de todo lo criado por la Omnipotencia en este mundo visible; y lo que es mas, señor de sí mismo.

32 Tal era el hombre cuando salió de las manos soberanas que le formaron. Por la misma *razon eterna*, por la cual Dios se conducia, por esa se gobernaba el hombre; y así con una admirable armonía y consonancia él obraba lo que Dios queria, y Dios hacia lo que el hombre deseaba. Por este modo la propia felicidad eterna, en que vive el Omnipotente, se comunicaba aun en cierta manera imperfecta á esta su criatura; y el hombre nadando en la completa satisfaccion de todos sus deseos, redundaba en un gozo inocente, suavísimo é interior. Las pasiones le movian sin ruido, y el alma gobernaba sin trabajo; pero duró poco este estado feliz.

33 ¿Y cómo, dice el Conde, cómo pudimos nosotros perder tan gran dicha? Nuestra misma grandeza, le respondió Miseno, fue nuestra ruina. Colocado el hombre en tan superior altura, miró hacía todas partes y vió que nada se le asemejaba : mirase á sí, y se ve un casi Dios. Los cielos, la tierra, los elementos, todos son como otros tantos atributos que adornan su peana. Extiende la mano de su libertad, y nada halla enteramente suelta. Ve que nada le impide, y que si quiere puede no hacer caso alguno del precepto que se le impuso; y en el saltivez y amor de su propia libertad, dice: *No quiero*. Dice esto, y en el mismo punto quedó perdido. Hallábase en tanta altura, se le desvaneció la cabeza, turbósele la vista, perdió el tino, y cayó precipitado.

34 En el mismo momento en que el hombre se rebeló contra Dios, todo se rebeló contra el hombre. Dios le arranca de las manos el cetro que le habia dado, y todas las criaturas sensibles é insensibles que le obedecian sin repugnancia, rompen las cadenas de la obediencia con que le estaban sujetas, y todas se burlan del hombre, todas le persiguen, todas le castigan <sup>2</sup>, y por este medio, ese mismo

<sup>1</sup> *Sed sub te erit appetitus ejus, et tu dominaberis illius.* (Gen. iv, 7).

<sup>2</sup> Es doctrina del concilio Milevitan. cap. 1, *Arausicano*, 21, can. 1, y de san Gregorio y san Agustin, que hacen una elegante descripcion de los bienes que perdimos en el paraíso, y de los males que nos acarreó el pecado.

que poco antes lo dominaba todo, ahora ni aun es señor de sí mismo. Su corazon se rebela contra el alma, sus apetitos le tiranizan, sus deseos le arrastran, su malicia le ciega <sup>1</sup>; y la pobre alma, siendo un rayo de la Divinidad, es ahora el ludibrio de su cuerpo, del cuerpo que antiguamente era su visímo esclavo. De este modo, esta obra perfectísima de Dios vino á quedar arruinada del todo por el pecado de Adán, de forma que al principio la *razon* era señora de las pasiones, y el hombre felicísimo por su estado; despues vinieron las pasiones juntas con la concupiscencia á ser nuestras tiranas <sup>2</sup>, y eso es lo que nos dificulta hacernos felices. Con todo, aunque ellas hicieron difícil este estado, no le hicieron imposible <sup>3</sup>.

35 ¡Gracias á Dios, le dice Ibrahin, que hallé lo que muchos años antes habia inútilmente buscado! Ahora sí que mi entendimiento con un simple vuelo ha descubierto lo que nunca habia visto. Jamás habia podido concordar la suma perfeccion del Ser supremo con la imperfeccion de su mejor obra. Todo lo que Dios hizo fuera del hombre, es perfectísimo en su género. Los mas viles insectos, las flores mas despreciadas son cada cual una obra tan acabada, tan sublime, tan admirable, tan incomprendible para quien las considera atento, que solo un Ser infinito pudiera haberlas formado. Ni todos los filósofos juntos podrán decir jamás cosa que satisfaga, si quieren explicar cómo en cada fruta, flor ó insecto se forma la simiente y principio de otros cuerpos orgánicos, que puedan formar y forman sucesivamente semejantes é interminables maravillas. ¡Qué astucia no se ve en los castores! ¡qué gobierno en las abejas! ¡qué geometría en las arañas! ¡qué artificio en los gusanos! ¡qué sagacidad en las hormigas! ¡qué lealtad en los perros! ¡qué nobleza en los elefantes! ¡qué brio en los caballos! Y todo obra de un mecanismo que la mano suprema formó, sin que allí haya espíritu inteligente que guie acciones tan portentosas. Todo me transporta.

36 Mas si vuelvo á considerar al hombre, que es el primor de las obras divinas <sup>4</sup>, veo en él tantas imperfecciones y defectos, tanta enfermedad y desorden, que bien se puede decir que es al mismo tiempo el hombre epilogo de las perfecciones divinas y compendio de to-

<sup>1</sup> S. Thom. 1, 2, q. 85, à 3.

<sup>2</sup> *Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis, et captivantem me.* (Rom. vii, 23).

<sup>3</sup> La gracia del Bautismo le hizo fácil, pues esta, como de sí dice san Gregorio Nazianceno, orac. 40, de viejo nuevo, y de humano me hizo divino.

<sup>4</sup> De todas las cosas maravillosas que hizo Dios por el hombre, el mayor milagro es el hombre mismo. (*S. August. lib. 9 de Civ. Dei, cap. 13*).

dos los defectos contrarios á esas mismas perfecciones. Tiene el hombre, á semejanza de Dios, la *inteligencia* para levantarse hasta la contemplacion de la Divinidad; pero al mismo tiempo es el centro de la *ignorancia*. Amamos el bien como Dios; pero todos nos *inclinamos al mal*. La virtud nos agrada, pero abrazamos el vicio. Ninguno es tan malvado que no guste de la verdad; mas ¿quién hay que no caiga en la mentira? Queremos el bien, que ninguno nos impide; pero obramos el mal, al que nadie nos obliga. Somos libres como Dios, y señores de nuestras acciones; pero en cierto modo somos como los esclavos arrastrados para hacer lo que no querríamos<sup>1</sup>. Tales defectos se ven en los hombres, que en ningun tiempo se encontraron en los brutos. ¿Cuándo se vieron fieras que despedazasen á sus semejantes? ¿Y cuántos millares de hombres perecen todos los dias á manos de otros hombres? Mas ahora ya lo entiendo todo, y todo lo puedo concordar. Las perfecciones de esta obra salieron de su autor, y las imperfecciones de quien le causó la ruina. Fuese quien fuese, que mi religion de Mahoma se diferencia mucho de la vuestra.

37 Ese vuestro discurso, dice Miseno, es una prueba innegable del pecado original, y de que no se halla el hombre como salió de las manos divinas que le formaron. Somos como un reloj de oro<sup>2</sup>, guarnecido de piedras preciosísimas, hecho por la mano del mejor artífice que conocieron los siglos; mas cayó el reloj en el suelo, y quedó desconcertado. Nosotros por la preciosidad de la materia, y por la delicadeza de la obra, conocemos el empeño con que le formó su autor, el nombre de él, la sabiduría de su mecanismo; mas por el desorden de los movimientos conjeturamos la caída y la ruina. Ninguno, pues, puede negar esta caída, viendo tan grande contradicción entre las perfecciones y defectos del hombre; luego necesariamente debeis creer la doctrina que os he explicado, y es nuestro dogma: de otro modo os veréis obligado á concordar las mas irreconciliables contradicciones.

38 Sea como fuere, dijo Ibrahin, yo insisto en la misma dificultad que os propuse; ¿y de qué le sirve al Conde querer gobernar sus pasiones por la *razon*, si ellas le han de arrastrar por fuerza?

<sup>1</sup> *Non quod volo bonum hoc facio, sed quod nolo malum hoc ago, etc.* (S. Paul. Rom. vii, 19).

<sup>2</sup> El autor sabía muy bien que el primer reloj de faltriquera se inventó algunos años despues; pero se dispensó en este leve *anacronismo* con el ejemplo de otros grandes poetas, atendiendo á la propiedad de la comparacion en punto tan esencial.

39 Ahora, dice Miseno, podré explicar la respuesta. Si las pasiones despues de nuestra ruina hacen difícil el gobierno de la razon, no por eso lo hacen imposible. La *libertad* quedó herida, mas no quedó muerta<sup>1</sup>. No podemos obrar el bien con la facilidad que al principio podíamos; pero podemos. El alma experimenta *rebeliones civiles*<sup>2</sup>, mas aun está en el trono; y si voluntariamente no se rinde, ó por floja ó por cansada, ninguno puede echarla cadenas ni prenderla. Yo no hablo de los primeros movimientos que hacemos sin reflexion alguna: hablo solo de lo que cada uno hace sabiendo bien lo que hace; y en estos términos digo, que quien consulta su experiencia, conoce que cuando las pasiones, segun la frase comun, nos arrastran, siempre es porque flojamente nos dejamos llevar de ellas: por cuanto si la voluntad absolutamente no quiere, *ninguno tiene fuerza para obligarla*<sup>3</sup>. Ponga cada uno la mano en su seno, tome bien el pulso á los movimientos de su voluntad, y conocerá que no hay fuerza criada que la obligue á que quiera hacer lo que ella positivamente no quiere. Quien reflexionare en sí mismo, allí se verá bien retratado, porque nosotros á pesar de toda la fiereza de nuestras pasiones, sentimos que si absolutamente quisiéremos, podemos muy bien ó resistirlas ú obedecerlas<sup>4</sup>.

40 Ibrahin manifestaba no estar muy contento de la doctrina que se trataba, y con un aire de desprecio en lo exterior, mas interiormente confundido, queria dar á entender con un silencio afectado que le ocurría mucho que replicar; pero no eran dignos de las sutilezas de sus reflexiones oidos poco acostumbrados á estudios sublimes. Sin embargo, iba á decir algo, cuando una voz le interrumpió los discursos.

<sup>1</sup> El libre albedrío no quedó extinguido por el pecado original, aunque sí debilitadas sus fuerzas, é inclinadas al mal. (*El Conc. Trident. ses. 6, cap. 1.*)

<sup>2</sup> *Ó voluntades rebeldes*, como las llama la Iglesia en una coleccion.

<sup>3</sup> Dios constituyó nuestro libre albedrío libre de toda fuerza. (*S. Nisen. orat. 5.*)

<sup>4</sup> *Anima cognoscens liberum sui arbitrium, videt se posse uti corporis partibus ad utraque, ad bona et ad mala.* (S. Ant. Or. ad Gent.). *In virtutem dico, vel vitium.* (S. Cyp. ep. 55).